

arrancarle a la fuerza el secreto que indagaba. Pero el temor al escándalo, que le horrorizaba, asqueándole, hízole apartar de sí tal pensamiento.

De pronto, de entre los dobleces de un exiguo pañuelo de seda, oculto junto a otros en una caja de laca, saltó un papel cuidadosamente doblado. Lo recogió Montero con prisa y anhelante leyó el contenido. Buscó rápido la firma, pero sólo una inicial se mostraba al pie de los renglones. ¡Imposible conocer al miserable!

Otras cartas, hasta en número de cinco, fueron apareciendo entre los celestinos pañizuelos, cuyos dobleces ofrecían propicia y clardestina tercera.

¡Al fin, hallaba la clave que aventaría sus dudas!

Las cartas, en efecto, eran los heraldos de su deshonor.

Y, ¡oh crueldad!, Angelina, la nena bonita, blanca y rubia, nivea y fulva, como la leche y el trigo, no era suya. Lo acusaba bien claro el pliego aquel que, nerviosamente, extrujaba en su diestra.

Quiso leer otra vez, para gravar en su memoria aquellas palabras que tanto le dolían, y, como antes en el estudio las del anónimo, las letras de la carta ahora, iniciaron confusa zarabanda, mientras en su cerebro la terebrante idea ponía una niebla que le cegaba la razón. Cayó rendido sobre una otomana, toda cubierta por fonjes y lindos cojines.

A medida que el estupor cesaba y la luz escarecía las nieblas del cerebro de Montero, la idea macabra y trágica, tan peculiar del marido español en casos tales, íbale tomando de nuevo las potencias todas.

En un acceso de furor se golpeó a sí mismo, y rasgó un retrato de Lota que a su alcance estaba.

¡Qué bella, Lota, en aquel retrato! Jarifo el cuerpo de venustas líneas, de ergido busto y anóricas caderas. Bello el rostro de grandes ojos negros—sensuales huminares que candencen—; nariz no larga y un tanto respingada, que pone un gesto pícaro en la faz; labios gruesos, que recuerdan la pulpa de las frutas, e invitan a morder, como la pulpa; labios rojos, carnosos y lascivos, por entre los que asoma el marfil de los dientes hialinos, menudos y apretados—, gotas de leche al fondo de una herida, hilo de perlas entre claveles rojos—¡Qué bella Lota!

Caleidoscopio el cerebro de Montero, recordó en visión rápida toda su vida. Bohemio, primero. Triunfador, después. A su lado Lota, casi ajena a sus luchas y trabajos, pidiendo galas y exigiendo mismos. Luego, Angelina, el angel bello que alegró el hogar, mimosa siempre, siempre dispuesta a alejar las borrascas de su frente con el célico bálsamo de sus caricias inocentes. ¡Oh, no; no podía ser aquéllo! Si la nena no era hija suya ¿por qué le quería tanto?... Y él,